

Cantoni *Alleanza Cattolica*, que se ha querido inspirada en la Ciudad Católica francesa y la TFP brasileña. No son compatibles ambas progenies, aunque en todo caso me parece que pronto la segunda se impuso sobre la primera. Cabría decir que por desgracia. Sanfratello, que probaría durante algún tiempo la vocación sacerdotal en Écône, el seminario del arzobispo Lefebvre, que terminó dejando, aportaba el carisma al genio organizativo de Cantoni. Pero en la ocasión del referéndum abrogatorio del aborto disenterían y, de resultas, separarían sus caminos. Cantoni iba a seguir cada vez más evidentemente el sendero del clericalismo demócrata-cristiano. Mientras que Sanfratello continuaría una carrera de francotirador en una línea más cercana al tradicionalismo. Inició la carrera universitaria con Augusto Del Noce en La Sapienza, sin abandonarla nunca aunque ejerciéndola intermitentemente al paso de sus distintos apostolados, en particular el desarrollado en El Líbano durante la guerra. Donde encontró a Jacqueline Amidi, con la que contrajo matrimonio en 1990. De Roma se trasladaría a Teramo y, jubilado, volvería a vivir en su Plasencia natal.

De gran inteligencia, culto y generoso, no objetivó sus saberes por escrito, de manera que sus textos son escasos. Il Giglio ofrece en este cuaderno dos de ellos, publicados originalmente en 1982. El primero se plantea el problema de la fundación o, en puridad, la falta de fundación, de los derechos humanos. Destaca entre la amplia literatura utilizada una serie de notables trabajos, algunos publicados en *Verbo*, de Juan Vallet de Goytisolo. El segundo aborda el que llama «anticosmismo» de la utopía y en él denuncia la matriz gnóstica, racionalista, del pensamiento utópico, en la senda de autores como su maestro Del Noce, pero también Molnar o Voegelin. Aunque el comunismo ocupa un papel destacado, aparece en cambio alejado de la obsesión que interesadamente movió y sigue moviendo a alguno de sus antiguos compañeros de filas. Que bajo lemas bélicos contrarreformistas parecen defender más bien los intereses de los Estados Unidos a través de estructuras asociativas sustancialmente sectarias.

Manuel ANAUT

Hugo Eduardo Herrera, *El último romántico. El pensamiento de Mario Góngora*, Santiago, Santiago, Critica, 2023, 227 pp.

Una lectura del reciente libro del profesor chileno Hugo Eduardo Herrera, doctor en filosofía en Alemania, autor de varios textos sobre la técnica, Schmitt y el pensamiento telúrico –esto es *Verbo*, núm. 631-632 (2025), 165-175.

nacional y tradicional— aprovecha de visitar la obra del historiador chileno Mario Góngora del Campo (1915-1985). Utiliza materiales nuevos surgidos de revisiones de su obra, como su *Diario*, su tesis de licenciatura de gran envergadura y de muchos escritos dispersos. Pero no es el Góngora historiador el objeto de interés, sino el pensamiento político que trasunta sobre todo en sus ensayos, género al que era muy afecto como forma de liberarse del tecnicismo y formalismo académico, donde espiga su concepción de sujeto histórico, pueblo, nación e identidad chilena.

Se podría decir que Góngora es el último romántico, es decir el último que acumula esa notable deriva del pensamiento occidental en Alemania, y coincidir, sin haberse puesto de acuerdo, con el colombiano Nicolás Gómez Dávila: «Las tres grandes empresas reaccionarias de la historia moderna son: el Humanismo italiano, el Clasicismo francés y el Romanticismo alemán». Lo que resulta tan significativo como discutible.

Muchos de estos escritos se inscriben dentro de su postura tradicionalista, ya que un breve periodo marxista fue anecdótico y otro demócratacristiano tuvo corta vida. De hecho, su alejamiento del mundo partidista, específicamente de la juventud socialcristiana del Partido Conservador —la Falange Conservadora y luego Falange Nacional— fijó un punto de no retorno con esa política. El historiador fue en lo sucesivo un observador público, un académico riguroso y un escrutador, como otros pensadores de su tiempo, del devenir de la civilización occidental en la cual en forma proporcionada Chile se inscribe por medio de España y su civilización hispánica.

Un tradicionalista filosófico, imbuido en el Romanticismo, más que en un tradicionalismo hispánico. Un pensador político telúrico, de la identidad nacional y el devenir chileno. Que reivindicó el ensayo, frente al estudio clásico, para rebelarse ante la estandarización del pensamiento y el mundo dominado por la tecnología y la ciencia como formas de ideología que simplifican la complejidad de las ideas. La ciencia y la tecnología tienen el impulso de dominar como dice Góngora siguiendo a Heidegger (pp. 70-71).

El autor ha elegido el método filosófico para diseccionar sus postulados por encima de su obra y técnica historiográfica, que relega un poco, al no ser el centro de su investigación. De ese modo las genealogías y deudas intelectuales del autor, sus razonamientos, a veces de gran complejidad, y su integral absorción del pensamiento alemán hacen de guía, en una tarea que también resulta familiar al autor de este libro, toda vez que se doctoró en Alemania y conoce sobradamente esos derroteros intelectuales. Quizás

es difícil comprender cómo un autor chileno ha bebido y se ha compenetrado tanto en su formación filosófica de esa fuente, teniendo en cuenta que los historiadores usualmente no tienen grandes marcos teóricos. Pero aquí estamos frente a una percepción del propio Góngora que nos dice que un buen historiador debe contemplar desde la filosofía el devenir histórico. Y eso, definitivamente, lo cumplió a cabalidad.

Por ello no vamos a discutir sus aportes respecto a la formación del estudioso chileno, si bien ese solo texto da para una amplia discusión, sino de cómo percibe una nación que es fruto del Estado, que recoge la idea de que la Independencia fue un proceso que vino antes de tiempo y que fue la República la que forjó la nación-estado chilena. Quizás es una tesis inversa a la de Jaime Eyzaguirre, el gran historiador hispanista, que también compartía generacionalmente mucho de sus intereses intelectuales, pues éste pensaba que lo chileno había surgido de la semilla de la monarquía en sus «reinos». En todo caso, Eyzaguirre piensa esto dentro de una cosmovisión más integral, como parte de una plurimonarquía, y no se reduce simplemente al nacionalismo. ¿Hay un nacionalismo espiritual, que emerge y se conecta con la Hispanidad y que se comparte también en ambos lados del Océano? Pero Góngora, aquí es lo novedoso, piensa que el espíritu de lo chileno se solidifica con el Estado, que tiene que ver con la madurez de un pueblo, y que éste es un proceso histórico más reciente y perfilado por el Estado.

Como hemos dicho, estamos ante una obra contundente que desde la contemplación filosófica que ahonda la obra del historiador chileno Mario Góngora del Campo. No es un trabajo acerca de su producción historiográfica, sino que una introspección acerca de su pensamiento, que está siendo revisitado constantemente por sus aportes y riqueza conceptual. También por sus reflexiones políticas, insertas dentro de un complejo marco de ideas, en que sobresalen sus lecturas de autores alemanes (Fichte, Goethe, Mahn, Holderlin, Schelling, Dilthey, Novalis) especialmente de la Revolución Conservadora (Muller, Spengler, Schmitt, etcétera). Esta influencia se combina con su importante labor historiográfica, tanto en la historia virreinal como en sus reflexiones sobre el periodo republicano. No hay duda que su *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile* marcó un hito al sostener que era el Estado el que había creado la nación chilena como consecuencia del reordenamiento tras la Independencia. Es en la República, dice, cuando el Estado va más allá de su forma jurídica y adquiere conciencia política de nación.

La centralidad que adquiere el Estado es evidente y concordante con la triada Estado, pueblo, y nación: «El Estado es la configuración activa e integral de elemento humano y de los diversos aspectos de la vida social es la expresión y la articulación de un modo de ser, de una manera de existencia en común es la confirmación de una colectividad que se nutre de la vida de esta y la retorna transmutada» (p. 122). El Estado, puntualiza Góngora, no es un aparato mecánico, no es el fisco ni la burocracia y es la totalidad viviente del país. Por eso, sigue a Spengler diciendo que es la «fisonomía de una unidad de existencia histórica». Si algo destaca es la importancia que tiene el Estado en su obra. El Estado es el constructor de la nacionalidad. Herrera dirá que el Estado indiano es pre-nacional y de carácter jurídico (p. 30). Y más adelante el autor indicará que para el biografiado el Estado es espontáneo, en cierto modo es como un organismo –idea que ha tomado de sus lecturas alemanas (pp. 119-121)– y también de Edmund Burke sobre el carácter espontáneo y orgánico del Estado. Para él, el Estado es mediador y a veces productor de conceptos (pp. 122-123). Góngora se fija en la figura del ministro Diego Portales como constructor del Estado chileno y de su norma ética (pp. 126-127). Y para Góngora, lo concreto se fija en nociones o ideas, de carácter mutable. En cambio, los conceptos son de «carácter invariable o determinante», según escribe Góngora en 1987.

Para Góngora la nación dimana del pueblo, y la nación chilena está incompleta salvo en la poesía, porque la esencia de la nación es su espíritu, no su raza. En 1990 escribe, así, que «la Nación es una solidaridad originaria en la constitución de una personalidad espiritual colectiva, plena de alguna misión o idea» (p. 113).

Adversario del materialismo histórico, que identifica con el dominio del mercado y el moralismo y que se expresan en las planificaciones globales en Chile, justamente cuando se trata de refundar la existencia colectiva (pp. 133. y ss.), Herrera identifica en Góngora una reserva y temor frente a la técnica y la ciencia tomadas como ideologías (p. 70). Hay una raíz común entre modernidad, ciencia y ciencia, que se destaca en el prólogo (p. 14).

«Del Romanticismo –dice Herrera– Góngora recoge la concepción de la existencia como vida. La vida se despliega en una tensión polar de términos, a la vez diferenciados e interrelacionados, entre ellos y con el todo del cual forman parte» (p. 194). La vida se advierte por intuición, donde «las explicaciones no tienen capacidad de operación decisiva» (p. 195). Aspecto, que previamente, Herrera ha visto marcado por la recepción de Dilthey

y Spengler, somos seres históricos, dirá Dilthey porque tenemos «vivencias». Para Góngora esto articula «el recuerdo, el presente y las expectativas de futuro», es una «unidad contextual compleja» (p. 189), dice Herrera. El tiempo histórico no es el tiempo de las cosas, ya que el primero se configura por los participantes, tiene sentido de totalidad o época. De Spengler toma una concepción aún más compleja, la de destino, que se refiere a «una interioridad colectiva» que no está contenida en una causalidad fija.

Si en el nivel individual está la interioridad de la vivencia individual, en términos colectivos –dice Góngora– el destino es una interioridad colectiva. De modo que la perspectiva total y colectiva es el destino que es la forma de interioridad. La historicidad, dice, tiene un papel «constitutivo en las ciencias del espíritu» (pp. 188-189). Quizás por eso el interés por sus notas metodológicas acerca de cómo observar al individuo, el pueblo y la nación, en que opone la insuficiencia de la ciencia frente a la intuición de lo político, que opera de otra forma, no causal. El dinamismo carga la experiencia política de una densidad específica que sólo puede solucionarse mediante la comprensión entre el todo y la parte (pp. 123-124), lo que lo llevó a considerar «la sociedad como algo parecido a un mecanismo, el producto de operaciones de individuos preconstituidos» (p. 124). Y Herrera escribe a este respecto que «el Estado adquiere un talante nítidamente político, para Góngora, cuando el elemento humano consigue carácter nacional, o sea, a devenir consciente de su existencia y su unidad de destino» (p. 28).

Las fuentes de todo esto son las que señalaron la existencia de una crisis epocal de Occidente. Mario Góngora se forja en una generación de Osvaldo Lira SS.CC, Clarence Finlayson, y otros, cuya sed de sabiduría y de trascendencia eran marcadas. En un pasaje de su diario, Góngora cuenta que mientras caminaban discutían acerca de sesudas teorías (pp. 33 y ss.). Todo ello se conjuga con una preocupación contingente y partidista, pero tras ese primer momento Góngora se desencanta. Esa militancia que le llevó al Partido Conservador en su juventud, encontró en un socialcristianismo su maduración, sin ignorar otras preferencias más episódicas (p. 45). Pero no estamos antes un escolástico, por mucho que conozca bien el tema, Herrera perfila a Góngora a través de sus acuciosas lecturas sobre todo del pensamiento alemán. Su capacidad para leer se vertió en lo más granado de la filosofía alemana, Fichte, Goethe, Weber, Spengler, Muller, y un largo otrosí.

Otra característica es su tendencia a escribir ensayos cortos. Para él, fue su género favorito, porque allí expone sus hipótesis y

argumentos. Esa forma tan flexible, tan española, opone un relato docto pero abierto al público frente a la crisis de la ciencia y al fracaso de los grandes relatos. En el ensayo encuentra una forma de razonar y de sugerir, planteándose siempre de forma amorosa ante este género que discute acerca de lo esencial y argumenta en su favor.

Llegando al final de esta nota bibliográfica, advierto una sintonía espiritual entre Góngora y Herrera, producto de su congruencia de lecturas alemanas y de cierta empatía que nació desde el autor leyó del biografiado su libro de ensayos *Civilización de masas*, pero también su interés por la crisis chilena como tema constante del siglo XX a la fecha. De esta preocupación común, resuelta –sigo su lenguaje– de forma telúrica, que Herrera interpreta dentro de una vertiente nacional y popular, surge la interpretación del propio autor. Allí donde Góngora pone el Estado como eje de su reflexión, Herrera desplaza su punto de observación en un sujeto colectivo: el pueblo.

Con este trabajo, Herrera completa una serie de libros como *Pensadores peligrosos* (2021) que tienen en su centro la identidad nacional, y los problemas del aquí y ahora del Chile contemporáneo. Y esto, combinando sus conocimientos con dos temas queridos por Góngora: la ciencia y sus límites, que también ha abordado Herrera en *Más allá del cientificismo* (2011), *Sein und Staat* (2005) y *Carl Schmitt between Technological Rationality and Theology*, (2020), hacen un panorama de un autor con luces propias, que ya no sólo interesa por su comprensión de Góngora, sino por lo que trasluce en pensamiento propio, desplegado sobre todo en las páginas finales. Un libro discutible del todo recomendable en el que, quizá, la presentación del autor estudiado refleje demasiado a su estudioso.

Cristian GARAY VERA

Stamatios Tzitis y Thomas Siret (eds.), *Micuel Villey à l'aune de la modernité*, París, Presses Universitaires du Catholic Institute of Advanced Studies, 2024, 475 pp.

Michel Villey ha sido uno de los filósofos del derecho en la tradición del derecho natural clásico más relevantes del siglo XX. En Francia, además, su relieve acrece, pues se trata de un sector de estudios no tan roturado como en España o Italia, por ejemplo.